

á su mansión, y cuando á solas queda,
 con vivo afán emprende
 á tejer una escala con la seda
 que, en abundante copia, Amir destina
 al adorno y labor de sus esclavas,
 y cuando ya vecina
 el alba muestra su color suave,
 rendida al sueño grave
 busca en el lecho tregua á sus dolores,
 ocultando el trabajo, cuidadosa,
 en las ricas alfombras de colores
 donde su cuerpo virginal reposa.
 Tras eternas veladas
 luce, por fin, la suspirada aurora
 en que ve sus fatigas terminadas,
 y mientras impaciente
 aguarda la llegada de la noche,
 madurando sus planes atrevidos,
 hurta á su padre, cautelosamente,
 un agudo puñal y dos vestidos
 que en su lecho, también, guarda prudente.
 Cuando al tender serena
 la noche densas sombras
 el ansiado momento ya señala,
 la atrevida agarena
 saca de sus alfombras
 el puñal, los vestidos y la escala,
 y muda se resbala
 á lo largo del muro solitario
 hasta que á la prisión de Gómez llega,
 donde heroica se entrega
 á realizar su intento temerario.

Sus manos delicadas
 en la bóveda dura van rompiendo,
 con el puñal, las conchas agrietadas,
 y cuando ya la arredra
 el penoso trabajo y desfallece
 siente la aguda hoja
 hundirse en la juntura de una piedra
 que sorda se estremece,
 á impulsos de su esfuerzo sobrehumano,
 y desprendida, al fin, desaparece
 en la obscura mazmorra del cristiano.
 Don Gómez, que ha sentido
 desde el primer instante, con sorpresa,
 el extraño ruido
 que conmueve las piedras de su techo,
 observa, prevenido,
 muda la voz y palpitante el pecho,
 desde un rincón, el caso inexplicable,
 que juzga sueño de su débil mente;
 mas, cuando el golpe siente
 de la piedra al caer, alza los ojos
 al claro cielo, que apacible ostenta
 purísimas estrellas á millares,
 y al ver descender, lenta,
 de la altura, la escala salvadora
 que á librarle, sin duda, va guiada
 por mano bienhechora,
 llega á temer por su razón turbada,
 que más se ofusca cuanto más ignora.
 Ni teme ni vacila
 y ganando los pasos de la escala,
 que al grave peso oscila,

salva el espacio corto
 que de la almena su prisión separa,
 busca su salvador, y queda absorto
 viendo de Zaida la belleza rara.
 Saber quiere impaciente
 la clave de misterio tan obscuro,
 más, ella, que demoras no consiente,
 echa la escala al exterior del muro
 y baja diligente
 á buscar á su amor puerto seguro
 con el hombre que adora ciegamente.
 Allí cambian de trajes
 y emprenden animosos el camino,
 por ocultos parajes,
 buscando del cristiano la frontera,
 donde, tras de jornada peligrosa,
 les abrirá sus brazos, amorosa,
 la ciudad, ya cristiana, de Antequera.

X

Ya el sol dora la cumbre
 de la Nevada Sierra
 con tornasoles de matiz cambiante,
 y á sus besos de lumbre
 la enamorada tierra
 se estremece de gozo palpitante.

Las zonas de Levante
 corre veloz con ardoroso brio
 bañando en luz á la gentil Granada,
 que esquivo su mirada
 bajo doseles de laurel sombrío:
 por el boscaje umbrío,
 que nutre con su riego,
 medroso de su fuego
 tuerce su curso el río,
 y entre nubes de aromas y colores,
 de encanto, de placer y de poesía,
 la sultana sin par de Andalucía
 feliz despierta suspirando amores.

XI

Seis horas han pasado
 de la fuga de Gómez, cuando entra
 en la torre su viejo carcelero
 que, mudo y espantado,
 busca, pero no encuentra,
 en su cárcel, al joven prisionero.
 Entre dudas y asombros,
 mira abierta la bóveda en la altura
 y á sus pies esparcidos los escombros,
 mientras piensa, temblando de pavor,
 que al enojo de Amir tiene insegura

la cabeza en los hombros.
 Llama, y á su clamor, acuden prestas
 las guardias del castillo
 mientras con rapidez la alarma crece,
 y cuando el buen caudillo
 Abén Amir, conoce el hecho grave,
 de pavor y de rabia se estremece,
 pues su experiencia sabe
 que el terrible Jusef hará, violento,
 para aviso de alcaides confiados,
 un ejemplar y bárbaro escarmiento
 que dejará sus timbres mancillados
 acabando su vida en el tormento.
 Cuando ya lo ocurrido nadie ignora,
 officiosas de Zaida las esclavas
 lo van á referir á su señora,
 pero cansadas de buscarla en vano,
 al encuentro de Amir corren ligeras
 á quien cuentan, medrosas, el arcano
 que achacan á las artes hechiceras
 de algún mago cristiano.
 Mas, el prudente anciano,
 desprecia, por absurdas, sus quimeras
 y á buscar á su Zaida se dispone;
 cuando á sus plantas pone
 un soldado, que llega presuroso,
 dos vestidos, de forma diferente,
 que entre unas peñas descubrió, afanoso,
 y una escala de seda resistente
 que descendiendo al foso
 de una almena del muro vió pendiente.
 Con ávidas miradas,

mientras sus carnes de pavor se hielan,
 contempla Amir las túnicas bordadas
 que la traición revelan
 de aquella infiel, que al desnudarlas quiso
 envilecer sus canas, sin recato,
 y hundir en sus entrañas, de improviso,
 el doloso puñal del hijo ingrato.
 Juez y padre, zozobra
 por contrarios deberes impelido,
 mas, su antiguo valor fuerzas recobra,
 y á vengar sus afrentas decidido
 dispone sus caballos más ligeros
 y en breve deja la ciudad, seguido
 de sus fieles y bravos caballeros.
 Corre, registra, indaga,
 por caminos, poblados y alquerias,
 sin dirección, desalentado y ciego,
 y cuando la esperanza le abandona
 sabe, que vió un labriego,
 al mediar la mañana,
 con rumbo hacia los campos de Archidona,
 esquivando veredas y caminos,
 dos jóvenes pasar por su labranza,
 vestidos á la usanza
 de los nobles señores granadinos.
 Más razones no espera
 y dando rienda á su corcel fogoso
 emprende desalado la carrera
 en pos de los amantes, temeroso
 de que lleguen á tierra de cristianos
 donde encuentren reposo
 libres ya de las iras de sus manos.

XII

Luego que Zaida y Gómez
 por las amigas sombras encubiertos
 el castillo de Amir abandonaron,
 corrieron, en su afán, campos desiertos,
 y cuando en el Oriente contemplaron
 de la aurora los cándidos reflejos
 se cambió su temor en alegría,
 viendo, como entre brumas, se perdía
 Granada con sus torres á lo lejos.
 Las luces que fulgura
 al avanzar risueña la mañana
 descubren, á los ojos de Hinestroza,
 la divina hermosura,
 las ricas formas y la edad temprana
 de aquella, cuya mano valerosa,
 le libertó del duro cautiverio;
 el profundo misterio
 en que se envuelve, penetrar procura,
 y á su ruego, la niña, complaciente,
 de que nadie la escucha ya segura,
 se turba, y dice, candorosamente.
 —Yo soy noble doncella
 hija de Abén Amir, el bravo alcaide
 que en Granada cautivo te tenia;
 mi proceder extraño no te asombre,

que há tiempo conocía
 tus heroicas hazañas y tu nombre
 que la fama do quiera repetía.
 Aunque nunca esperaba
 conocer al bizarro caballero
 por quien secreta inclinación sentía,
 cuando menos, quizás, en él pensaba,
 de feroces soldados prisionero
 le vi llegar á mi castillo un día.
 El alma conmovida
 de tierna compasión, se vió, anhelante,
 por sus prendas y males atraída,
 y desde aquel instante
 lloró con el cautivo largas penas,
 hasta llegar, tras afanosas luchas,
 esta débil mujer, que atento escuchas,
 á librarte de bárbaras cadenas.
 Yo en los misterios creo
 de la sublime religión cristiana,
 recibir el bautismo es mi deseo
 y renunciar la falsa mahometana;
 busquemos pronto la frontera amiga;
 mi honor pongo en tu mano,
 que á mucho, Gómez, la nobleza obliga
 y la fe que profesas de cristiano.—
 Oye el mancebo la sencilla historia
 con asombro creciente,
 y obligado de tanto sacrificio,
 promete noblemente
 en defensa de Zaida dar la vida,
 y al dulce impulso de su amor naciente,
 besa la mano de la niña, ansioso,

que en rubor encendida,
 oye á Gómez, de gozo estremecida,
 por Dios jurarle que será su esposo.
 La marcha prosiguiendo
 hacia Antequera, con ligero paso,
 llegan al borde de empinada sierra,
 cuando el sol descendiendo
 del cenit al Ocaso
 agiganta las sombras en la tierra.
 Rendidos de fatiga
 se sientan á la sombra de un peñasco
 cuya sólida planta
 robustecen cimientos de granito
 y orgullosa su cima se levanta
 por la azul extensión del infinito.
 Ya se juzgan salvados,
 y soñando con dulces ilusiones,
 del peligro olvidados,
 sólo piensan sus tiernos corazones
 en la felicidad que les espera;
 cuando el viento les lleva de pasada
 rumor confuso, cual si el eco fuera
 de morisca algarada,
 que al impulso de rápida carrera
 se acercase, del lado de Granada.
 Con incierta mirada
 y de temor y sobresalto llenos
 descubren á lo largo del camino
 un grupo de agarenos,
 que montados en ágiles corceles,
 van corriendo sin tino,
 dando al viento los blancos alquiceles.

¡Mi padre! grita Zaida;
 sálvate, Gómez, aunque yo perezca;
 su compasión imploraré de hinojos
 y si no por el llanto de mis ojos
 tal vez, por hija, su perdón merezca.
 ¡Nunca! con voz rugiente,
 dice el mancebo, con furioso alarde;
 subamos la pendiente,
 que si logramos escalar la altura,
 podré encontrar en ella sepultura,
 pero no moriré como cobarde.
 La delgada cintura
 ciñe de Zaida, con robusto brazo,
 y aferrando la mano á la maleza
 trepa con ligereza
 sin que encuentren sus fuerzas embarazo.
 Aún no tocan la cima
 cuando ya los descubren los guerreros
 de Abén Amir, que cercan el peñasco,
 mientras los más ligeros,
 dejando sus caballos, se aperciben,
 á subir á la cumbre por las breñas,
 mas, tal lluvia reciben
 de troncos y de peñas
 por el fiero Don Gómez disparados,
 que el estrecho camino inaccesible
 abandonan de prisa los soldados
 declarando imposible,
 por tal medio, rendir á los sitiados.
 Amir, que en furor crece,
 su sanguinario intento no abandona
 y hace que de Archidona

acudan ballesteros, que de lejos
den á los fugitivos cruda muerte,
y el cristiano, que advierte
el desastroso fin que les aguarda,
al sentir de la flechas el silbido,
el cuerpo de la niña cubre y guarda
en su regazo envuelto y escondido.
Pero, se esfuerza en vano,
que ya de todas partes les dirigen
flechas agudas con certera mano;
nada basta en lo humano
á librarles del bárbaro martirio
ni de muerte tan lenta y horrorosa,
cuando el bravo Hinestrosa
álzase presa de feroz delirio;
contempla el fondo del profundo valle,
erizado el cabello,
y con brazo convulso ciñe el talle
de Zaida, que marchito el rostro bello,
anuda en fuerte abrazo
los temblorosos brazos á su cuello
y sepulta la frente en su regazo.
El sol despide su postrer destello
y negando su luz al sacrificio
hunde en Ocaso sus fulgores rojos,
mientras Gómez, mirando al precipicio
con espantados ojos,
hasta su borde decidido avanza;
una oración murmura delirante;
oprime el seno de su Zaida amante
y al abismo se lanza.
Aún no tocan el suelo

sus cuerpos, por los riscos destrozados,
cuando, tendiendo el vuelo,
de la humana materia desatados,
se elevan sus espíritus al cielo.

XIII

Abén, de su rigor arrepentido,
allí mandó cavar humilde fosa,
donde en callada soledad y olvido,
el tálamo nupcial halló la esposa
en brazos del esposo prometido.

